

EN LA UNIVERSIDAD DE KÖNIGSBERG impartió el filósofo alemán Immanuel Kant varias lecciones sobre pedagogía, las cuales fueron recogidas por uno de sus discípulos, Friedrich Theodor Rink, quien las publicó en el año de 1803 con aprobación del mismo filósofo. La introducción a las lecciones conserva su vigencia sobre la esencia del arte de educar, esto es, de conducir a las nuevas generaciones hacia un estado mejor de humanidad. La versión libre que aquí se publica tuvo a la vista las traducciones de Carlos Eduardo Maldonado y de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales de Santiago de Chile. Para propósitos académicos se ofrece a los lectores de la *Revista de Santander*.



El hombre es la única criatura que tiene que ser educada. La educación incluye no solo los cuidados familiares, la disciplina y la instrucción, sino también la formación conforme a una idea. Esto significa que el hombre debe empezar su vida siendo niño tutelado, convirtiéndose en educando y en discípulo.

Tan pronto como los animales experimentan sus fuerzas las emplean regularmente, de tal suerte que no les sean perjudiciales. Es admirable, por ejemplo, ver como los pichones de golondrinas, apenas salidos del huevo y aún ciegos, saben, sin embargo, cómo hacer que sus excrementos caigan por fuera del nido. Los animales, pues, no necesitan cuidado alguno; a lo sumo, envoltura, calor y guía, o una cierta protección. Claro que la mayor parte necesita que se los alimente, pero ningún otro cuidado más. Por cuidado se entienden las precauciones de los padres para que los hijos no hagan un uso perjudicial de sus fuerzas. Si un animal, por ejemplo, gritara al nacer, tal como hacen los niños, sería infaliblemente presa de los lobos y otros animales salvajes, atraídos por sus gritos.

La disciplina es lo que convierte la animalidad en humanidad. Un animal viene completamente dado tal como es por su instinto, como si una razón ajena le hubiese provisto de todo lo que necesitará. Pero el hombre necesita hacerse con una razón propia porque no tiene ningún instinto, con lo cual ha de construirse él mismo el plan de su conducta. Y como no está en disposición de hacérselo inmediatamente, porque llega sin educar al mundo, son otros los que se lo tienen que hacer.

La especie humana debe extraer de sí misma, poco a poco y por su propio esfuerzo, todas las disposiciones potenciales de su humanidad. Por ello cada generación educa a la siguiente. El estado primitivo de esta especie puede ser imaginado bajo la condición de la barbarie, pero también bajo algún grado de perfecta civilización; pero, si se admite esta última opinión, habría que reconocer que el hombre ha debido tornarse salvaje y retroceder a la barbarie.

La disciplina es la que impide que el hombre, arrebatado por sus impulsos animales, se aparte de su destino: la humanidad de su conducta. Por ejemplo, tiene que sujetarlo para que no se encamine, de modo



salvaje e imprudente, hacia los peligros. Esto significa que la disciplina solo es negativa porque es la acción que intenta borrar la animalidad del hombre; por el contrario, la instrucción es la parte positiva de la educación, porque desarrolla disposiciones.

La barbarie es el actuar independientemente de las normas. En cambio, la disciplina somete al hombre a las reglas de la humanidad y lo inicia en la sensación de estar bajo su coacción. Por ello, la disciplina debe introducirse muy temprano en la vida, y por ello los niños son enviados a la escuela desde su más temprana edad, no con la intención de que aprendan algo útil, sino con la de habituarlos a permanecer tranquilos y a observar puntualmente lo que se les ordena, para que más adelante no se dejen dominar por sus caprichos momentáneos.

Mas el hombre tiene por naturaleza tanta inclinación a la libertad que, cuando se ha acostumbrado a ella durante mucho tiempo, está dispuesto a sacrificarlo todo a ella. Es precisamente por esto que ha de aplicarse la disciplina desde muy temprano, porque de otro modo sería muy difícil cambiar después al hombre, quien será presa de todos sus caprichos. Esto es algo que puede verse entre aquellos salvajes que, aunque hayan prestado servicio durante mucho tiempo a los europeos, nunca se acostumbran a su modo de vivir. Pero esto no significa que exista en ellos una noble inclinación hacia la libertad, como creyeron Rousseau y otros publicistas, sino una cierta barbarie, porque la animalidad aún no había desarrollado en sí la humanidad. Es por ello que se ha de acostumbrar al hombre desde temprano a someterse a los preceptos de la razón. Si en su juventud fue dejado a su libre voluntad, conservará una cierta barbarie durante toda su vida. Tampoco le ayudan los mimos que en su infancia provee la excesiva ternura maternal, pues tarde o temprano, tan pronto como intervenga en los asuntos del mundo, se encontrará en todas partes con obstáculos y sufrirá continuas frustraciones.

Este es entonces un error común en la educación de los grupos dirigentes, pues por haber nacido destinados a mandar no son contrariados en su juventud. Es preciso entonces moderar la barbarie del hombre a causa de su inclinación a la libertad; el animal, al contrario, no lo necesita en virtud de sus instintos.

El hombre tiene necesidad de cuidados y de educación. La educación comprende tanto la disciplina como la instrucción. Es sabido que ningún animal necesita de esta porque ninguno aprende nada de los viejos, excepto los pájaros, que aprenden su canto. Aquellos instruyen a los jóvenes y es delicioso verlos, como en una escuela, cantar con todas sus fuerzas delante de los pequeños, y a estos afanarse en sacar el mismo sonido de sus gargantas. Para convencerse de que los pájaros no cantan por instinto, sino que realmente aprenden, algo que vale la pena comprobar, se extrae la mitad de los huevos del nido de un canario y se cambian por otros de gorrión, o mejor aún, se sustituyen sus pequeñuelos por gorrioncillos. Si se los coloca en una caja donde no puedan oír los gorriones de afuera, aprenderán el canto de los canarios, y de este modo se tendrán gorriones que canten. Es admirable también que cada género de pájaros conserva un cierto canto característico en todas sus generaciones, siendo esta tradición la más fiel del mundo.

Solo mediante la educación puede el hombre llegar a ser hombre, pues este no es sino lo que la educación lo hace ser. No hay que perder de vista que el hombre no es educado más que por otros hombres, quienes a su turno han sido educados. Se deduce de esto que la falta de disciplina y de instrucción de algunos hombres los hace ser malos educadores de sus alumnos. Si un ser de alguna especie superior recibiera algún día nuestra educación, podríamos ver entonces lo que el hombre pudiera llegar a ser. Pero como la educación solo enseña algo al hombre en parte, y en la otra se desarrolla en el hombre

mismo, no se puede saber hasta dónde llegan en ellos sus disposiciones naturales. Si al menos se hiciera un experimento con el apoyo de los poderosos y con las fuerzas reunidas de muchos, podríamos aclarar lo que podría el hombre dar de sí por el camino de la educación. Esta es una observación tan importante para un espíritu especulativo, como triste para un amigo del hombre, pues hay que ver cómo frecuentemente los poderosos no se preocupan más que de sí mismos, y no contribuyen a los importantes experimentos educativos dirigidos a hacer avanzar la naturaleza humana hacia su perfección.

No hay nadie que, como resultado del descuido en su juventud, no pueda comprenderse a sí mismo, cuando llega a edad madura, por los efectos de su falta de disciplina o de cultura, pues así puede ser llamada la instrucción. Quien no fue ilustrado es necio, quien no fue disciplinado es un salvaje. La falta de disciplina es un mal mayor que la falta de cultura, pues esta puede adquirirse más tarde, pero la barbarie no puede ser corregida nunca. Quizás la educación se irá mejorando constantemente, de tal suerte que cada generación dará un paso adelante hacia la perfección de la humanidad, pues tras la educación se encuentra el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana. Desde ahora se puede avanzar en esa dirección, porque ya se ha empezado a juzgar con acierto y a ver con claridad lo que propiamente conviene a una buena educación. Cautiva imaginar que la naturaleza humana se desarrollará cada vez mejor por la educación, y que ello se puede producir en una forma adecuada a la humanidad. Descúbrese aquí la perspectiva de una felicidad futura de la especie humana.

El proyecto de una teoría de la educación es un noble ideal, y en nada nos perjudica, aun cuando no estemos en disposición de realizarlo todavía. Tampoco hay que considerar esta idea como quimérica y desacreditarla como un hermoso sueño, pese a que se encuentran obstáculos para su realización.

Una idea no es otra cosa que el concepto de una perfección no encontrada aún en la experiencia de la realidad. Por ejemplo, la idea de una república perfecta regida por las leyes de la justicia, de la cual aún no tenemos experiencia. Pero, ¿es por ello imposible? Lo que importa es que nuestra idea sea precisa, y luego se verán los modos de salvar los obstáculos interpuestos para su realización. Por ejemplo, si todo el mundo mintiese, ¿sería por ello una mera ilusión un discurso sobre la verdad? La idea de una educación capaz de desarrollar en los hombres todas sus disposiciones naturales, es, sin duda, verdadera.

Con la educación actual no alcanza el hombre por completo el fin de su existencia, pues, ¡cuán diversamente viven los hombres! Solo puede haber uniformidad entre ellos cuando obren por los mismos principios, y cuando estos principios se conviertan para ellos en una segunda naturaleza. Nosotros podemos trabajar en el plan de una educación conforme con un fin que nos propongamos y entregar a la posteridad una orientación que pueda realizar paulatinamente. Las plantas de orejas de oso, por ejemplo, cuando se trasplantan tienen el mismo color; al contrario, cuando sus semillas son sembradas, se obtienen colores diferentes. La Naturaleza, por tanto, ha puesto en ellas los gérmenes, y solo basta para desarrollarlas su siembra y trasplante convenientes. ¡Lo mismo sucede con el hombre!

Se encuentran muchos gérmenes en la humanidad, y a nosotros nos corresponde desarrollarlos, desplegar nuestras disposiciones naturales y ayudar a que todos los hombres alcancen sus destinos. Los animales realizan el suyo sin conocerlo, pero el hombre tiene que intentar alcanzarlo, pero no podrá hacerlo si no tiene una idea acerca de su propio destino. La realización de este destino es totalmente imposible para un individuo. Aun admitiendo una primera pareja realmente educada, todavía es preciso saber cómo ha educado esta a sus discípulos. Los

primeros padres dan un ejemplo a sus hijos, estos lo imitan y así se desarrollan algunas disposiciones naturales. Pero todas no pueden ser cultivadas de esta manera, pues los niños, la mayor parte de las veces, solo ven los ejemplos ocasionalmente. Anteriormente no tenían los hombres ninguna idea de la perfección que la naturaleza humana podría alcanzar. Nosotros mismos no lo poseemos aún en toda su pureza. Pero es igualmente cierto que, obrando aisladamente los hombres en la formación de sus discípulos, no podrán conseguir que estos alcancen su destino. No son los individuos, sino la especie humana, la que puede conseguir este fin.

La educación es un arte cuya práctica ha de ser perfeccionada por muchas generaciones. Cada generación, provista de los conocimientos de las anteriores, puede realizar constantemente una educación que desarrolle de un modo proporcional, y conforme a un fin, todas las disposiciones naturales del hombre, conduciendo así toda la especie humana hacia su destino. La Providencia ha querido que el hombre deba sacar el bien de sí mismo, y por ello le habla de la siguiente manera: “¡Entra en el mundo! Te he provisto de todas las disposiciones para el bien. A ti te corresponde desarrollarlas, y, por tanto, depende de ti mismo tu propia dicha o desgracia.”

El hombre debe desarrollar sus disposiciones para el bien; la Providencia no las ha puesto en él ya formadas; son meras disposiciones y sin la distinción que marca la moralidad. El hombre debe hacerse mejor a sí mismo, educarse a sí mismo, y, cuando se es malo, sacar de sí mismo la moralidad. Este es el deber del hombre. Al meditar con madurez, se ve cuán difícil es esto: la educación es el problema más grande y el más difícil que pueda ser propuesto a la consideración del hombre. La inteligencia, en efecto, depende de la educación, pero la educación, a su vez, depende de la inteligencia. De aquí que la educación no pueda avanzar sino paso a paso, en la medida en que una generación



Immanuel Kant

transmita sus experiencias y conocimientos a la siguiente, y esta, a su vez, los aumenta y los pasa a la siguiente. ¿Qué cultura y qué experiencia tan grandes no suponen esta idea? Por eso la idea de una recta educación no podía aparecer sino muy tarde, y nosotros mismos no la hemos obtenido en toda su pureza. Por lo tanto, ¿debe la educación en el individuo imitar la cultura que la humanidad en general recibe de las anteriores generaciones?

Podemos considerar que los dos descubrimientos más difíciles que ha hecho la humanidad son el arte de gobernar a los hombres y el arte de educarlos. Y, pese a ello, se sigue discutiendo aún sobre cómo es que deben cultivarse.

Ahora bien, ¿por dónde comenzaremos el desarrollo de las disposiciones humanas? ¿Debemos partir del estado de barbarie, o de un estado ya cultivado? Es difícil imaginarse un desarrollo que comience en la barbarie (tanto como lo es la idea de un primer hombre), y vemos que, iniciándose aquel en semejante estado, se ha vuelto siempre a caer en el salvajismo, con lo cual se han

necesitado numerosos esfuerzos para volver a salir de él. También por los más antiguos testimonios escritos dejados por pueblos muy civilizados encontramos que estaban muy próximos a la barbarie —¿y cuánto grado de cultura no supone ya el escribir?—, tanto que con respecto al hombre civilizado se podría considerar el comienzo del arte de la escritura como el principio del mundo.

Toda educación es un arte, porque las disposiciones naturales del hombre no se desarrollan por sí mismas. La Naturaleza no ha puesto en nosotros ningún instinto hacia ella. Tanto el origen como el proceso de este arte son mecánicos, sin plan, sujetos a las circunstancias dadas, o es razonado. El arte de la educación se origina mecánicamente en las ocasiones variables donde aprendemos si algo es útil o perjudicial al hombre. Todo arte de la educación que procede solo mecánicamente ha de contener faltas y errores, por carecer de un plan en cual fundarse. Por consiguiente, el arte de la educación o pedagogía necesita ser razonado si ha de desarrollar la naturaleza humana para que pueda alcanzar su destino. Los padres ya educados son ejemplos, conforme a los cuales se educan sus hijos, quienes los toman por modelos. Si estos han de llegar a ser mejores, preciso es que la pedagogía sea un estudio, pues, de lo contrario, nada hay que esperar de ellos, y los mal educados educarán mal a los demás. En el arte de la educación se ha de cambiar lo mecánico en ciencia, pues, de otro modo, jamás sería un esfuerzo continuo, y una generación podría derribar lo que otra hubiera construido.

Un principio del arte de la educación, que en particular deberían tener presente los hombres que elaboran los planes educativos, es que no se debe educar a los niños conforme al estado presente de la especie humana, sino conforme a un estado mejor, posible en lo futuro; es decir, a partir de la idea de la humanidad y de su destino. Este principio es de la mayor importancia. Los padres, en general, no educan a sus hijos

más que en vista del mundo presente, así se encuentre muy corrompido. Deberían, por el contrario, educarlos para que más tarde pudiera surgir un estado mejor. Pero aquí se tropieza con dos obstáculos: el primero es que los padres solo se preocupan, ordinariamente, de que sus hijos triunfen en el mundo. El segundo es que los príncipes no consideran a sus súbditos más que como instrumentos de sus propósitos.

Los padres se preocupan de su casa; los príncipes, del Estado. Ni unos ni otros se ponen como fin un mundo mejor, ni la perfección a que está destinada la humanidad y para lo cual tiene disposiciones. Las bases de un plan de educación han de hacerse con carácter cosmopolita. Sin embargo, ¿acaso es que el bien universal es una idea que puede ser nociva a nuestro bien particular? De ninguna manera. Pues aunque parece que ha de hacerse algún sacrificio por ella, se favorece, sin embargo, el bien de su estado actual. Y entonces, ¡qué nobles consecuencias la acompañan! Una buena educación es precisamente el origen de todo el bien en el mundo. Es necesario que los gérmenes que yacen en el hombre sean cada vez más desarrollados, pues no se encuentran en sus disposiciones los principios para el mal. La única causa del mal es el no someter la naturaleza a reglas. En los hombres solamente hay gérmenes para el bien.

¿De dónde debe proceder, pues, el mejor estado del mundo? ¿De los príncipes o de los súbditos? ¿Deben estos mejorarse por sí mismos y salir al encuentro, en medio del camino, de un buen gobierno? Si los príncipes deben introducir la mejora, hay que mejorar primero su educación, porque durante mucho tiempo se ha cometido la gran falta de no contrariarles en su juventud. El árbol plantado solo en un campo, crece torcido y extiende sus ramas a lo lejos; por el contrario, el árbol que se alza en medio de un bosque, crece derecho por la resistencia que le oponen los árboles próximos, y busca sobre sí la luz y el sol. Lo mismo ocurre con los prin-

cipes. Sin embargo, es mejor que los eduque uno de sus súbditos, que uno de sus iguales. Sólo podemos esperar que el bien venga de arriba, cuando su educación sea la mejor. Por esto, lo principal aquí son los esfuerzos de los particulares, y no la cooperación de los príncipes, como pensaban Basedow y otros, pues la experiencia enseña que no tienen tanto a la vista un mejor mundo como el bien del estado, para poder alcanzar así sus fines. Cuando dan dinero con este propósito hay que atenderse a su parecer, porque trazan el plan. Lo mismo sucede en todo lo que se refiere a la cultura del espíritu humano y al aumento de los conocimientos del hombre. El poder y el dinero no crean nada, a lo más, facilitan algo. Ellos podrían hacer mucho si la economía del estado no dispusiera de todos los impuestos solo en beneficio propio. Tampoco lo han hecho hasta ahora las academias, y cuando hacen algo, hoy en día, es más por aparentar que por hacer algo auténticamente.

Así pues, la organización de las escuelas no debería depender más que del juicio de los conocedores más esclarecidos. Toda cultura comienza por los particulares, y de ellos se extiende a otros. La aproximación lenta de la naturaleza humana a su fin solo es posible mediante los esfuerzos de las personas de sentimientos lo suficientemente grandes como para interesarse por un mundo mejor, y capaces de concebir la idea de un Estado futuro más perfecto. No obstante, aún hay más de un príncipe que solo considera a su pueblo, poco más o menos, como una parte del reino natural, que no piensa sino en reproducirse. Le desea, a lo más, cierta habilidad, pero solamente para poder servirse de él, como mejor instrumento de sus propósitos. Los particulares, sin duda, han de tener presente, en primer lugar, el fin de la naturaleza; pero necesitan mirar, sobre todo, el desarrollo de la humanidad, y procurar que esta no solo llegue a ser hábil, sino también moral y, lo que es más difícil, tratar de que la posteridad vaya más allá de lo que ellos mismos han ido.

Así pues, por la educación el hombre ha de ser:

Primero: *Disciplinado*. Disciplinar quiere decir tratar de impedir que la animalidad se imponga sobre la humanidad, tanto en el hombre individual como en el hombre social. La disciplina consiste, por lo tanto, en la sumisión de la barbarie.

Segundo: *Cultivado*. La cultura comprende la instrucción y la enseñanza. Proporciona la habilidad, que es la posesión de una facultad por la cual se alcanzan todos los fines propuestos. Por tanto, no determina ningún fin, sino que lo deja a merced de las circunstancias. Algunas habilidades son buenas en todos los casos; por ejemplo, leer y escribir. Otras no lo son más que para algunos fines, por ejemplo, la música, que hace amarla a quien la posee. Las habilidades son, en cierto modo, infinitas por la multitud de los fines.

Tercero: *Prudente*. Es preciso atender a que el hombre sea también prudente, a que se adapte a la sociedad humana para que sea estimado y tenga influencia. Aquí corresponde una especie de enseñanza que se llama la civilidad. Esta exige buenas maneras, amabilidad y una cierta prudencia, mediante las cuales pueda servirse de todos los hombres para sus fines. Se rige por el gusto variable de cada época. Así, agradaban aún hace pocos años las ceremonias en el trato social.

Cuarto: *Moralizado*. Hay que velar por la moralización de los hombres. El hombre no solo debe ser hábil para todos los fines, sino que ha de tener también un criterio con arreglo al cual solo escoja los buenos. Estos buenos fines son los que necesariamente aprueba cada uno y que al mismo tiempo pueden ser fines para todos.

A1 hombre se lo puede adiestrar, amaestrar, instruir mecánicamente o realmente ilustrarlo. Se adiestra a los caballos, a los perros, y también se puede adiestrar a los hombres. Sin embargo, no basta con el adiestramiento; lo que, importa, sobre todo, es que el niño aprenda a pensar. Que obre por prin-



Kant

principios, de los cuales se origina toda acción. Se aprecia, pues, lo mucho que se necesita hacer en una verdadera educación. Habitualmente, se cultiva poco aún la moralización en la educación privada; se educa al niño en lo que se cree sustancial, y se abandona aquella al predicador. Pues qué, ¿no es de una inmensa importancia enseñar a los niños a aborrecer el vicio, no solo fundándolo en que lo ha prohibido Dios, sino en que es aborrecible por sí mismo? De otro modo, les es fácil pensar que podrían muy bien frecuentarlo, y que les sería permitido, si Dios no lo hubiera prohibido; que, en todo caso, bien puede Dios hacer alguna excepción en su provecho. Dios, que es el ser más santo y que sólo ama lo que es bueno, quiere que practiquemos la virtud por su valor intrínseco y no porque él lo desee.

Vivimos en un tiempo de disciplina, cultura y civilidad; pero aún no en el de la moralización. Se puede decir, en el estado presente del hombre, que la felicidad de los estados crece al mismo tiempo que la desdicha de las gentes. Y es todavía un problema

por resolver; si no, seríamos más felices en el estado bárbaro, en que no existe la cultura actual, que en nuestro estado presente. Pues ¿cómo se puede hacer felices a los hombres, si no se los hace morales y prudentes? La cantidad del mal no disminuirá, si no se hace así.

Hay que establecer escuelas experimentales, antes de que se puedan fundar escuelas normales. La educación y la instrucción no han de ser meramente mecánicas, sino descansar sobre principios. Ni tampoco solo razonadas, sino, en cierto modo, formar un mecanismo. En Austria casi no hay más que escuelas normales establecidas conforme a un plan, en contra del cual se dice mucho, y con razón, reprochándosele especialmente el ser un mecanismo ciego. Las otras escuelas tenían que regirse por ellas, y hasta se rehusaba colocar a la gente que no hubiera estado allí. Muestran semejantes prescripciones lo mucho que el gobierno se inmiscuía en estos asuntos, haciendo imposible con tal coacción que prosperase nada bueno.

Se cree comúnmente que los experimentos no son necesarios en la educación, y que solo por la razón se puede ya juzgar si una cosa será o no buena. Pero aquí se padece una gran equivocación, y la experiencia enseña, que de nuestros ensayos se han obtenido, con frecuencia, efectos completamente contrarios a los que se esperaban. Se ve, pues, que, naciendo de los experimentos, ninguna generación puede presentar un plan de educación completo. La única escuela experimental que, en cierto modo, ha comenzado a abrir el camino, ha sido el Instituto de Dessau. Se le ha de conceder esta gloria, a pesar de las muchas faltas que pudieran achacársele; faltas que, por otra parte, se encuentran en todos los sitios donde se hacen ensayos; y a él se le debe asimismo que todavía se hagan otros nuevos. Era, en cierto modo, la única escuela en que los profesores tenían la libertad de trabajar conforme a sus propios métodos y planes, y donde estaban en relación, tanto entre sí, como con todos los sabios de Alemania. ❀